



EL ECO
REVISTA
DE
ARTES Y LETRAS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Moldura para Marcos

FABRICADA EN EL PAIS

Se vende casi a mitad de los precios de la extranjera

PIZA E HIJOS

Quiere Ud. saber lo que pueden la honradez, el buen servicio y la competencia profesional? Acérquese a la

BOTICA ESPAÑOLA

DE

ASTORGA HNOS.

y verá la clientela con que cuenta, que aumenta cada día más. Ahí se sirve mejor que en ninguna otra botica, se despacha a los más bajos precios y sin alteración las medicinas de patente, y se atiende de muy especial manera el recetario.

RESERVADO

PARA LA

CASA DE SALUD

DE LOS DOCTORES

URIBE Y ESPINOSA

Miles mascando "Chiclets"

Sabrosos y Saludables

A LOS SEÑORES MEDICOS

Se les ofrecen dos hermosas oficinas en la **Policlinica**, altos de la casa de habitación del doctor M. Zúñiga. Por un precio reducido, tendrán un cómodo y elegante consultorio con su respectiva sala de espera y el uso gratuito de la sala de operaciones, esterilizadores de ropas, instrumentos, balanza *pèse bébé*, sirviente para la limpieza, etcétera. Hay un departamento que pudiera alquilarse a un Cirujano-Dentista. En esta Policlinica, hay un saloncito especial para que las señoras lleven a pesar sus niños. Se esteriliza ropa a precios módicos. La pesada de niños, la esterilización de ropas y todo el servicio técnico estará bajo la dirección de una señora graduada.

HORAS DE SERVICIO: De 8 a 11 a. m. y de 2 a 4 p. m.

El mejor calzado cosido y clavado, el más elegante y de mayor duración, es fabricado por la

ZAPATERIA

— DE —

ENRIQUE BENAVIDES

FRENTE A "LA MARINA" DEL MERCADO

SAN JOSE, COSTA RICA

MATERIALES ESCOGIDOS

La Maquina de Escribir

"REMINGTON"

al alcance de todos.

Remington Junior
para correspondencia particular
\$ 130.00



Remington Standard
para oficinas y uso comercial
\$ 250.00

LIBRERIA LEHMANN

(SAUTER & Co.)

SAN JOSE, COSTA RICA



Para todas las mercaderías de primera clase, en surtido renovado constantemente, en las mejores condiciones de pureza y baratura, acuda a

La Marina

en el Mercado de donde saldrá Ud. complacido.



SOCIEDAD DE ECONOMIAS DE GUADALUPE

Capital pagado ₡ 123,000-00

COMPRA DE LETRAS
COMPRA Y VENTA DE ORO AMERICANO

Fideos extranjeros, buenas conservas y mejores vinos, encontrará usted siempre en

LA GRAN VIA ALMACEN DE PROVISIONES de E. DE BENEDICTIS

TODAS LAS MERCADERIAS QUE SE VENDEN EN LA TIENDA DE

Manuel Madrigal

Frente al Palacio de Justicia

SON DE BUENA CALIDAD

SE HA TENIDO EN CUENTA EL ESTADO DE CRISIS ACTUAL, PARA FIJAR LOS PRECIOS

Los Corsets

Royal Worcester

se encuentran de venta, a los precios más bajos en

La Competencia



FIGARO

Revista Quincenal de Artes y Letras

Directora y Administradora, **Angela Acuña**

Redactores: J. Albertazzi Avendaño, y Francisco Soler

CONDICIONES:
Número suelto cts. 25
Suscripción mensual cts. 50
Año adelantado ₡ 5.00
Iguales precios para Centro América.

Selecta colaboración de plumas nacionales y centroamericanas
Apartado de Correos No. 751
Oficina: Calle 1ª Sur frente a la Escuela de Derecho.

Año 1.º

San José, Costa Rica, 10 de Junio de 1915

Número 4



JORGE Y ALEJANDRO ALVARADO PIZA

Dos graves males azotan a nuestro pueblo

Conferencia dictada el domingo 6 de Junio de 1915 en el Club Sport Alfonso XIII.

SEÑORES:

Ha sido sumamente consolador para los que amamos con intenso cariño a nuestro país y nos preocupamos por su engrandecimiento y por su dicha, el haber siempre creído que a pesar de que en algunos miembros de la comunidad social existían gérmenes de perversidad o de abandono, podían considerarse éstos como excepciones deplorables, pero escasas; que el alma popular en su inmensa mayoría estaba sana, convenientemente preparada para cifrar en ella las esperanzas de prosperidad y bienestar que tan vivamente hemos anhelado para las familias y para la patria.

Y en efecto: los trabajadores, de uno y otro sexo, que en faena constante y silenciosa laboraban por la prosperidad común, sujetos a las gratas imposiciones del deber, y en cuyo espíritu se mantuvo firme el sentimiento de la dignidad y del honor, han formado en nuestra historia una falange disciplinada y fuerte, a cuyo empuje correspondía la realización de la prosperidad que en el porvenir alcanzaría Costa Rica.

Mas con hondo pesar constatamos hoy que la decadencia de aquella alta moral popular viene acentuándose, día por día, decadencia que se manifiesta amenazante y dolorosa en corazones jóvenes y robustos, que ven sin horror desvanecerse o disminuir sus energías y sentimientos y que abandonan sin escrúpulo las hermosas tradiciones del hogar, del trabajo y del honor que nos legaron nuestros padres.

Por eso, al aceptar gustosa vuestra benévola invitación para departir con vosotros esta noche en el seno de fraternal confianza, me ha parecido conveniente traer como tema de nuestra conversación ese asunto que es de la mayor importancia, porque todos estamos obligados, en la medida de nuestras facultades y de nuestras fuerzas, a luchar por la extirpación del mal, donde quiera que éste aparezca y desde el momento en que se presente a nuestra vista.

Es sensible, pero hay que reconocerlo: en los últimos tiempos se ha desarrollado entre nosotros una lamentable tendencia al sensualismo en todas sus manifestaciones. Especialmente la afición a las bebidas alcohólicas va constitu-

yendo ya un mal tan general y tan común, que bien puede decirse ha invadido todas las clases populares de nuestro país como una inundación, y de ahí el origen, no solamente de la depresión moral que se observa, sino también del acrecentamiento de la delincuencia en extensión y forma que habían sido desconocidas antes en los fastos judiciales de nuestro pueblo. Cuentan los ancianos que aún viven, que no hace más de treinta años el robo era desconocido en Costa Rica, sin dejar de agregar—quizá sin darse cuenta de que lo uno es causa de lo otro—que la embriaguez era fenómeno raro, castigado despiadadamente por el menosprecio y la burla de las numerosas gentes honradas.

¡Cuánto ha cambiado la moral de nuestro pueblo en tan corto espacio de tiempo! Hoy la embriaguez, causa eficiente de la mayor parte de los males que experimentan la sociedad y las familias, es un hecho corriente que se ha aceptado sin el horror que debiera inspirarnos porque pervierte las costumbres, rebaja los caracteres y deprime el ser físico y moral del individuo.

El deber, pues, de todo costarricense que quiera con amor filial a su país y se preocupe por su buen nombre y por su porvenir está en luchar con empeño por arrancar de raíz ese vicio, que es uno de los más funestos que puedan caer como azote sobre un pueblo. Bajo su flagelo la raza se debilita, se envilece y se extingue, y lo que era ayer un pueblo vigoroso y fuerte, será mañana un conjunto de seres miserables a quienes aguarda por fin la servidumbre.

Hablo en especial de este vicio porque lo considero no solamente el más lamentable, sino que lo tengo por origen de otros muchos que son carcoma social que nos destruye. Hacia él llamo, pues, vuestra atención, jóvenes de espíritu recto y de corazón patriota y magnánimo, para que os empeñéis en combatirlo con toda la energía de que son capaces vuestras juveniles fuerzas.

Al lado de este grave defecto que puedo llamarlo casi nacional, porque cunde en forma alarmante, está otro de carácter muy diverso, pero

que también constituye para el porvenir de nuestro pueblo una tremenda amenaza. Me refiero a esos alardes de indiferencia religiosa que tan frecuentemente vemos ostentarse por muchos de nuestros jóvenes, tocados de un falso liberalismo, cuya esencia y fines probablemente no se han tomado la pena de estudiar a fondo para comprender lo engañoso de su doctrina. Y esa semilla regada poco a poco en la conciencia del pueblo, le ha ido infundiendo la duda que es, en materia de creencias, el más triste dón que puede recibir en el curso de esta vida el espíritu de muchedumbres que no tienen más amparo ni más consuelo que su fé vivísima en Dios.

El mal del siglo, diré mejor, el mal de muchos siglos, ha sido ese culpable divorcio entre nuestras ideas, llamadas impropriadamente liberales, y el respeto por las leyes divinas.

Bien sabemos—si juzgamos con ánimo imparcial—que la religión ha sido en todos los pueblos la encargada de mantener intacto el sentimiento de la moral social y que a medida que se va apartando el pensamiento de la vida futura que nos aguarda después de ésta, la virtud empieza a tambalearse hasta quedar colocados en lugar secundario el cultivo del deber y la práctica de las buenas costumbres. A medida que la fe religiosa se aleja de los hogares campesinos, para ellos única esperanza de premio por el bien y única sanción de castigo por el mal, el sentido moral popular perderá poco a poco su equilibrio, y el hombre continuará en la vida, sin rumbo determinado y fijo, enfermando cada vez más su naturaleza con el hálito malsano de sus ideas corrompidas.

Las observaciones recogidas en el transcurso de tantos siglos por personas de alta inteligencia—no diré por profanas como yo—nos confirman en la necesidad de mantener encendida esa llama sagrada de la religión popular, que traza casi matemáticamente la línea que divide el bien del mal, pero que está íntimamente enlazada con la vida misma de los individuos, sujetos al contacto de uno y otro, y en capacidad por consiguiente de saturar su organismo intelectual con la sana esencia del primero, si en el cerebro se aposenta la idea religiosa para atraerlo, o ensombrecer el espíritu con las nocivas emanaciones del segundo, si es la impiedad la que ha tomado el señorío de nuestras almas.

Bien comprendo que al gobierno político de las naciones no le toca dirigir la idea religiosa

de los pueblos; pero sí le corresponde sustentarla y mantenerla en vigor, como que ella es una de las condiciones necesarias para el orden, la moralidad y la dicha del conjunto social colocado bajo su protección y su guarda. Un deber primario les obliga a conservar, en cuanto sea posible, la idea religiosa que ha informado en materia de fe y de culto el espíritu nacional. La salud pública así lo reclama; es ella la que ordena el respeto y la consideración a las creencias establecidas, que constituyen para el individuo un amor tan grande como el amor mismo de la patria.

Cuando la fe se pierde, el egoísmo triunfa y la justicia y la fraternidad desaparecen. ¿Sabéis por qué el pueblo inglés es, dentro y fuera de la Gran Bretaña, practicante siempre de costumbres de moralidad que se nos ponen a cada paso como ejemplo? Ello consiste en que, como decía Montesquieu, es aquel el pueblo del mundo que mejor ha sabido servirse de estas tres grandes cosas: la religión, el comercio y la libertad.

Habría quién me replique diciendo que todo eso será muy bello, pero que la ciencia moderna y sabia no concibe teorías ya en decadencia. A esto contestaré que la ciencia en materias religiosas no ha podido avanzar mucho porque es terreno ese en que aún no impera del todo y que al pretender derribar por el suelo las creencias religiosas ha dejado en pie, erguida como dominadora, la duda.

Imbuídos de ella los universitarios hablan con voz de trueno, y el pueblo analfabeta ha oído las últimas palabras: «teorías en decadencia», aplicadas a la religión; y el pueblo duda y la duda le corroe las entrañas, busca luces y no las encuentra, nadie satisface sus anhelos de saber y se arroja entonces angustiado en brazos de la desesperación, que es como arrojarse en brazos del abismo.

El pueblo de los Estados Unidos es esencialmente religioso. Ha dado hombres de una mentalidad altísima, como Emerson, Philips, Holmes, Longfellow, Garrison, en cuyas almas han palpitado aientos supremos de consuelo para los dolores de la miseria. En Francia, Lamartine, Víctor Hugo y Georges Sand; en Alemania, Goethe y Schiller, y en Italia, el mismo Guiseppe Mazzini, el mártir de la República, todos esos hombres han sentido en su corazón ese carbón sagrado que purifica y conforta, siendo como eran tan grandes y tan sabios.

Aceptemos por un momento que la fe religiosa no se sustente en verdades demostradas, si es que no tenemos por demostración el sentimiento innato de la existencia de Dios; pero aún así, la religión posee el dón precioso de disciplinar los espíritus y de refrenar las pasiones. Allá los temperamentos escudriñadores expriman el raciocinio para buscar fundamentos a la fe. El pueblo no los necesita y sería un crimen arrebatárle la creencia que le presta alegría y lo estimula a soportar con fortaleza las penalidades del trabajo. La fe es la piedra angular en que descansa la esperanza, y juntas forman el fuerte asiento en que reposan su dicha los desheredados y los humildes. La fe es también origen de la caridad, de la beneficencia,

de la fraternidad, que son la grandeza del hombre, la suprema belleza de la mujer y el encanto seductor de los inocentes.

Luchemos, pues, contra las dos calamidades sociales que dejó indicadas en esta sencilla conferencia: contra el alcoholismo que degrada el cuerpo, y contra la impiedad que corrompe el alma. Así habremos hecho por nuestra parte en la vida obra que satisfará nuestro deber, que llenará de regocijo nuestra conciencia y que será meritoria a los ojos de Dios y de los hombres.

Angela Cuñía

Floraciones líricas de Enrique Geenzier

Venus del siglo

Frente al bruñido espejo veneciano se irguió la hermosa, como un vaso lleno de incitante licor, cautivo el seno en la concha de nácar de su mano.

Y humillando el cristal con la tersura de su carne impoluta y adorante, mostróle el blanco seno palpitante y le dijo, extasiada en su hermosura:

Es una flor que en la callada noche miel de la vida en profusión derrama, como el joyante y delicado broche del lirio que los valles embalsama.

Finge en su tez la virginal corola pequeña y roja, sin impuro rastro, pétalo diminuto de amapola prendido en una copa de alabastro.

Es un ánfora egipcia en cuyos bordes los calcinados labios entreabiertos saciar pueden su sed en los desbordes que ansiaran bajo el sol de los desiertos.

Ni Safo, ni Cleopatra, ni Afrodita, de cuyos cuerpos la belleza arranca, jamás sirvieron en la amante cita una copa más dulce ni más blanca!

Sus nítidas turgencias voluptuosas pecho de alondra en su temblor semejan, y en sus talladas cimas ruborosas tonalidades de carmín reflejan.

Pudiera el mío eternizar el goce y al mundano placer fijarle norma si el loco amor en su envolvente roce no marchitara su opulenta forma.

Pero tú, que en tus aguas cristalinas sin mancillarlo tus anhelos sacias, sí puedes reclinarte en sus colinas y entre tu seno aprisionar sus gracias.

Míralo, tú, que para hablar te falta lengua procaz que a profanar se atreva la blanca nieve que en su cono nieva y el rojo tinte que su cumbre esmalta.

Bésalo tú, que sus bermejas cimas accesibles al beso casto y puro, no mustiarás en arrebato impuro cuando tu beso en su botón imprimas.

Bebe la vida en sus pistilos rojos, embriégate de amor en sus esencias tú que no puedes con tus claros ojos mancillar sus ebúrneas opulencias.

Y oprimiendo el cristal entre sus brazos en su fiebre de amores infinita, cual si tratara de borrar su cuita lo arrojó contra el suelo hecho pedazos; y se alejó, más bella que Afrodita, sobre un crugir de alfombras y de rasos!

Tus ojos y tus labios

Dicen que un cielo ocultas en tus ojos; que burlando del tiempo los agravios, parecen tus sensuales, frescos labios, hermosa floración de lirios rojos.

Y dicen algo más: que en esos labios guardas venenos de colores rojos; que ocultas en tus grandes, bellos ojos, un infierno pletórico de agravios.

Y yo quiero mirarme en esos ojos, saciar mi ardiente sed en esos labios cual si bebiese aroma en lirios rojos.

Y anhelo mucho más: morir de agravios entre el infierno de tus grandes ojos y el lirio rojo de tus rojos labios.

En la espera

Hacia tí va mi verso--mensajero de raudas alas y nervioso trino-- a decirte que ha tiempo en el camino donde te ví una vez tu planta espero.

En tus huellas la grama indiferente tejó tupida malla de verdores y en el risueño edén de mis amores la noche se cernió traidoramente.

Sólo queda en la loma tu perfume que emerge de la grama y se resume en la paz anhelosa del sendero;

y yo, que por volver a aquellos días, en la ebriedad de mis melancolías interrogando al porvenir te espero.

II

Ignoro si vendrás. Pero constantemente desde el momento en que te fuiste sobre la loma en que tu adiós dijiste te espero como un vivo interrogante.

Quizá no vuelvas nunca! Y yo, esperando verte en las soledades en que vivo, como mudo fantasma, pensativo me quedaré el futuro interrogando.

Talvez que te amo todavía, ignoras; que te invoca mi amor a todas horas como se invoca a Dios en trance fiero;

que hace ya muchos días, muchos meses, mientras que altiva en mi esperanza creces sobre la senda tu llegada espero.

III

Hoy el viento glacial, rudo y cortante del invierno, al pasar, tu nombre aclama, y deja ver, al apartar la grama, las huellas de tu pie fabricitante.

Hoy el torrente que nos fué querido desbordado se va por la pradera y parece decir en su carrera un adiós a los seres que se han ido.

Todo, todo se va! Todo se muere! la hermosa golondrina ya no quiere su nido fabricar bajo mi alero.

Sólo yo no he cambiado: en mi mutismo te adoro siempre, porque soy el mismo y mudo y solo, como ayer, te espero!

Crepúsculo interior

Cuando me quedo meditando en ella, de codos en la mesa donde escribo, algo radiante en mi interior destella cual si bajase a mi alma alguna estrella, rasgando las tinieblas en que vivo.

Cuando de aquella noche ya lejana en que la conocí sueño las horas, de luz se llena mi esperanza vana cual si fuese mi sueño una ventana por donde penetrasen las auroras.

Todo revive en mí, todo florece cuando evoco sus ojos y sus manos; que, como el lirio que en las tumbas crece, mi corazón es flor que reverdece sobre el sepulcro de mis sueños vanos!

EL VALLE DEL GUARCO

Una vez, después de diez años de ausencia, volví a Granada—esa querida ciudad mía que reclina la cabeza gentil, sobre las faldas del Mombacho, mientras los cristales del Tipitapa le arropan los pies de sultana, y le besan la mano las ondinas del Gran Lago—y me quedé maravillado ante la belleza solemne de nuestro imponente mar de agua dulce, que parece limitado por el confín lejano de la comba celeste.

De dónde aquella impresión honda, hasta entonces jamás sentida a pesar de que el cuadro deleitable estuvo ante mis ojos todos los días blancos de la niñez y muchos de los días rosados de la juventud?

De eso, precisamente, de la costumbre de verlo, del hábito de sentirlo.

En tanto que nuestro ser evoluciona en las primeras etapas de la vida, el cerebro se va abriendo, poco a poco, a las impresiones; de modo que, cuando la razón ha llegado a la plenitud de su desarrollo, nos hemos familiarizado de tal manera con las cosas ambientes—que han ido entrando en el pensamiento muy lentamente—que las encontramos corrientes, por más excepcionales que sean. Precisa ver, pensar o sentir otras cosas de naturaleza similar, y hacer comparaciones para encontrar las ventajas o los defectos del medio en que se formó nuestro individuo.

De esas comparaciones han menester algunos cartagineses, amigos míos, que le dan el carácter de un cumplimiento a mi afirmación, de que Cartago es uno de los parajes más deliciosos que puede soñar la fantasía.

Tierras feraces que responden inmediatamente a las solicitudes del trabajo, con abundantes cosechas de granos alimenticios de todo género; risueños valles nutridos de cafetos; hermosas praderas en las que pacen numerosas vacadas; pueblo honesto y laborioso; sociedad

culta y sana, y todo ello en medio de una primavera perpetua. Se puede desear más?

Desde los tiempos antehistóricos, el valle en que se asienta hoy la ciudad de Cartago gozó de los privilegios a que lo hacen acreedor sus especiales condiciones naturales: fué la capital del reino de los huetares de oriente, cuyo monarca—Guarco—le dió su nombre; y a la muerte de éste, siguió siendo, por algún tiempo, residencia del príncipe heredero, el Corrique infelz, quien pobre de coraje para defender sus palenques, envió palabra de sumisión espontánea a los conquistadores, para ir después a esconder su cobardía en los campos de Tucurrique, entre las montañas de Las Cruces.

Vino después el conquistador noble entre los nobles, el infortunado Vázquez de Coronado, y luego de proyectar la ciudad de Cartago en la confluencia del Purires y el Taras, escribió al Rey, su Señor: «Este es el valle más hermoso que ojos españoles vieron, y el paraje mejor para una ciudad fundar».

Cavallón había antes fundado la ciudad de Garcimuñoz sobre la planicie de Turrúcares, y era allí donde vivía el núcleo principal de los conquistadores; pero cuando Vázquez de Coronado proyectó la ciudad de Cartago, y los habitantes de Garcimuñoz se enteraron de que se trataba de un valle ameno, amparado de los vientos por una serie de montañas que lo ciñen como en un abrazo protector, rico de tierras fértiles, abundante en aguas corrientes, y dotado de un clima siempre suave, los conquistadores abandonaron Turrúcares y vinieron a poblar a Cartago, que fué la capital de la provincia de Costa Rica, durante los dos siglos y medio del gobierno colonial.

Y todavía después de la independencia siguió Car

tago siendo la capital del estado libre de Costa Rica, hasta el año de 1823, época en que la violencia y el engaño le arrebataron esa prerrogativa tan legítimamente suya.

Pero si don Gregorio Ramírez se llevó de aquí la capital administrativa de Costa Rica, no pudo llevarse la capital del pensamiento costarricense. De aquí han salido, o aquí se han educado — que viene a ser lo mismo — la mayor parte de los hombres que han dado lustre al país, en las lides del derecho, en el manejo de los negocios de estado y en el trajín de las letras.

No cabe dudar que Costa Rica, toda, ama a Cartago con el cariño respetuoso que inspiran los progenitores. Porque, en realidad, todo costarricense legítimo que estudie su ascendencia, encontrará que sus antepasados remotos fueron cartagineses, puesto que — aparte del pequeño número de españoles que se estableció en las inmediaciones del Pacífico, — del núcleo fundador establecido aquí se derivaron las corrientes que fueron a poblar las diferentes regiones del país; y los otros costarricenses, los que no deben su origen a la gran cepa inicial, vinieron después para aprovechar los pueblos fundados por cartagineses.

Y debemos amar a Cartago, con el amor que nace del noble sentimiento de la gratitud, todos los demás centroamericanos que hemos tenido la suerte de encontrar este sitio bienhechor y tranquilo, propio para el descanso de los espíritus fatigados y para la rumia de las grandes ideas.

Todos los proscritos ilustres de los países vecinos hallaron aquí generoso asilo.

Herido, derrotado y perseguido, el General Morazán encontró en la nobleza de esta ciudad refugio leal, ya que no pudo ser eficaz; la amable placidez de este ambiente ofreció a Gerardo Barrios medio propicio para la caricia de sus esperanzas libertarias; en la belleza serena de este valle afirmó Policarpo Bonilla los sueños democráticos que luego realizó en Honduras; en la dulce tranquilidad de estos paisajes alivió Domingo Vázquez las penas de su tremenda derrota; en el noble regazo de esta sociedad vivió, querido y estimado, Anselmo H. Rivas, una de las pocas figuras honestas del viejo conservatismo nicaragüense, y aquí vivió y murió Alejandro Chamorro, el único Chamorro de valer efectivo que ha tenido Nicaragua en los últimos veinticinco años.

Un enemigo tremendo tiene Cartago; un enemigo sempiterno y traidor, cuyas agresiones formidables habrían aniquilado el espíritu de los cartagineses, si estos no sintieran correr por sus venas la sangre de aquellos bravos advenedizos que cruzaron el mar en alas de la audacia.

Frío, silencioso, muerto al parecer, el Irazú aguaita el momento en que los cartagineses estén más confiados, para lanzar sobre ellos la inclemencia de sus cóleras.

Se enrarece la atmósfera, rugen las entrañas de la tierra, el suelo se extremece, las capas plutónicas se fragmentan, y caen las casas sepultando en el desorden de sus restos, vidas e intereses.

Pero el ímpetu de la agresión es tal, que el coloso queda agotado, incapacitado para una nueva acometida inmediata, y necesita muchos años de reposo para recuperar las fuerzas perdidas. Así lo indican las distancias que mediaron entre los cuatro terremotos de que hay memoria: 1723, 1822, 1841 y 1910.

Y mientras el enemigo se repone, un milagro de voluntad del pueblo cartaginés levanta sobre los escombros de la ciudad destruída una ciudad nueva, riente, activa, que ahoga entre los ruidos fecundos del trabajo el recuerdo cruel de la espantosa catástrofe.

Tal es el valle del Guarco.

F. Molina Larios

Cartago, 1915.

SONETOS SOLARIEGOS

I

Se entreabren con la aurora las oscuras ventanas del viejo vecindario. Regresan las carretas hacia la fresca trilla sembrada de violetas, y salen con sus cántaros las jóvenes aldeanas.

El humilde «buen día» de las mozas discretas alegra la pradera como un són de campanas; y la brisa susurra por las claras fontanas con lánguidos suspiros y músicas inquietas.

Ladran algunos perros en la senda florida, los jóvenes regresan, ya que el amor convida, para asistir al plácido oficio matutino,

mientras en la piadosa ermita la campana, toca un vago concierto fraternal y divino, llamando a la primera misa de la mañana.

II

El señor cura reza sus santas pastorales ante el humilde público de la sencilla aldea; junto al altar el viejo sacristán cabecea bajo una leve sombra de cosas patriarcales.

El crepúsculo de oro pálido amarillea en las altas ojivas de emplomados cristales; repican las campanas en la tarde que humea, y el ganapán dormita cerca de los canales.

Bosteza el señor cura remendados latines, avecina la huerta un olor de jazmines, y en bíblica farándula se echa a rondar la bruja;

Penosamente ruedan las aspas del molino, y en el vasto silencio de la noche cartuja se aleja el arcipreste montado en su pollino.

III

No muy cerca del viejo molino de la villa se apacienta el rebaño dormilón y tranquilo; tintinea la esquila con amable sigilo entre un grato perfume de pradera y de trilla.

Chupa un cordero el blanco pezón de una cordera, y en la robusta falda de la montaña amiga, amarillea el tierno conjunto de la espiga bajo un encantamiento de azul y primavera.

Anochece en las cuevas oscuras del barranco. Sobre la hierba salta un corderillo blanco con un presentimiento pascual de «nochebuena»;

mientras por el sendero llega una moza aldeana, para anunciar a todos la hora de la cena en el humilde paño de la ermita cercana.

Pedro M. Delheve

FIESTA DE AMOR

LA BODA FORD-SPILSBURY

El 26 de mayo, a las tres de la tarde, se celebró en la lujosa mansión de los esposos Mr. y Mrs. Walter J. Ford, la ceremonia nupcial de su bella y distinguida

anunciado desde hace varios meses; y aunque de carácter íntimo, resultó una gran nota de esplendor y de cultura, casi sin precedente en San José, no sólo por



Señorita María Ford, hoy Mrs. Hugh Gibbon Spilsbury

hija María con el apreciable caballero neoyorquino, Mr. Hugh Gibbon Spilsbury.

Ese acontecimiento — siempre notable y trascendental en el seno de la familia y de la sociedad — había sido

la magnificencia con que se organizó la ceremonia en la regia morada de los esposos Ford, en el aristocrático barrio de Otoya, sino principalmente por la distinguida y selecta concurrencia que asistió a ella.

Tan pronto como los invitados llenaban los distintos apartamentos de la casa y cuando el Ministro de la Iglesia se preparaba para celebrar el sagrado rito, bajó María, con majestuosa solemnidad, del piso alto, régicamente vestida de novia, con la mirada abismática y soñadora suavizada por el tenue vapor del velo, como un resplandor de estrellas que se tamizase entre los albos copos de una nube. La escoltaban sus damas de honor, formadas en valla desde la escalinata hasta la cámara nupcial; y era de ver cómo se destacaba aquel hermoso grupo de rosadas elegancias, ligadas todas con listones de seda blanca, como para simbolizar los suaves lazos del amor y la solidaridad entre las *bridesmaids* y la dulce reina vencedora que iba en aquel momento solemne a ocupar su trono, ante el regocijo de sus amigos y las bendiciones de Dios.

La novia se apoyaba en el brazo de su buen padre, Mr. Ford, cuando bajaba; y mientras recibía el silencioso homenaje de admiración por su belleza y por su elegancia sugestiva, la orquesta ejecutaba la marcha nupcial americana, *Here comes the Bride*. María estaba fascinadora con su traje de boda; los azahares impolutos le besaban la frente, el velo la envolvía como una caricia del cielo y hacia más dulce y delicado el tinte purpurino de sus mejillas; llevaba en su mano derecha un magnífico ramillete de blancas azucenas y esparcía de todo su ser un divino efluvio de pureza que hacía más prestigiosos y adorables sus encantos. Su hermana Agnes, la primera dama de honor, iba inmediatamente después de la novia, delicada y bella como una creación de Reynolds, vistiendo elegante traje de tul verde tierno, como un ensueño de dicha y esperanza. Llevaba un espléndido *bouquet* de bellezas americanas, como ella, a manera de símbolo y de cetro.

En el salón principal esperaba el novio, silencioso de amor y de emoción; y hacia él llegó María, seguida de su cortejo de damas, a ofrendarse como un regalo del cielo, como una promesa que se cumple y como un ideal que se realiza. Momentos después el señor Canónigo Valenciano bendecía la unión, pronunciando las frases sacramentales con clara y penetrante voz. Al novio lo acompañó en toda la ceremonia el señor doctor Edgar Montealegre, como su *best-man*, según se estilaba en los centros sociales de Norteamérica.

El regio coro de las damas de honor de la novia lo formaban las señoritas Marta Iglesias, Rosalía Lara, Elida Piza, Luisita Iglesias, María Aurelia Ramírez y María Lupita Montealegre.

Los espaciosos salones de la mansión de la familia Ford estaban artísticamente decorados con flores de ricos matices y con festones de verdura, que daban la sensación de fragantes jardines dispersos entre un laberinto de grutas encantadas. Y sobre los efluvios de aquellos búcaros y guirnalda, flotaba el perfume tibio de las damas, radiantes de hermosura, que iban a solemnizar los rituales del amor en aquella tarde inolvidable y placentera. El cuerno de la abundancia parecía derramar sus copiosos dones a los pies de la feliz pareja que desde entonces unía su suerte al esprender crepuscular de un sol de dicha, teñido en rosas y diluído en oro pálido.

Bajo una amplia campana de miosotis, jazminez y camelias blancas, suspendida del cielo raso del salón, los novios, acompañados de sus *bridesmaids* y concurren-

tes, escuchaban como abstraídos en un vago deleite de ensueño, las palabras del Evangelio; y terminada la ceremonia recibieron las acostumbradas felicitaciones y pronósticos de dicha, entre los acordes de la música y el rumor de los trajes de seda que parecían también cantar una canción de beneplácito sobre los cuerpos en movimiento y los corazones en alegría.

Luego el bullente champaña, servido en finos *baccarats* para toda la selecta concurrencia, mientras la orquesta, magistralmente dirigida por Julio Osma, dejaba oír caprichosas y vibrantes armonías. Doña Victoria de Ford hacía los honores de la recepción con su distinguida amabilidad y cultura, pasando de grupo en grupo, pródiga en cortesías y atenciones para todos.

En la hora propicia los novios se preparaban para escaparse de la fiesta, ansiosos de gozar su luna de miel en un poético paraje, cerca de Tres Ríos; y el *auto* parecía impaciente también por recibirlos, anunciando con su emblemático jadeo la felicidad de la próxima jornada. Sonó al fin la potente sirena y la máquina se desprendió de la lujosa mansión, entre los adioses y risas de los concurrentes y una lluvia de pétalos y de granos de arroz, como se acostumbra, allá en el Norte, despedir a los recién casados que se alejan a su hogar.

Allá va María, en brazos de su amor, con el alma plena de ensueños e ilusiones, en busca del sedoso nido en que han de discurrir serenos y felices sus días del mañana; y tras ella van los mejores deseos y los fervientes votos de este cronista amigo porque el Hada protectora de las muchachas buenas y dulces, como ella, no la abandone jamás en los senderos de su nueva vida.

Pío Bolaños

Mayo, 1915.

AL LAPIZ

La blanca cinta de la luna se ve en los árboles temblar; su gran misterio el cielo aduna sobre el misterio de la mar.

Rastrea el viento en las laderas al desgarrarse entre los picos, y balancean las palmeras sus lujuriosos abanicos.

Cabalga el mar alborotado entre retazos de la bruma, como un caballo desbocado lleno de cólera y de espuma.

Tienen las barcas sobre el agua ese romántico temblor que pone al borde de una enagua el sortilegio del amor.

Mi alma se tiende entre las brumas medio cansada de soñar, y la recogen las espumas y se la llevan sobre el mar.

Y en tanto el mar alborotado bajo el sudario de la bruma, es un caballo desbocado lleno de cólera y de espuma.

Andrés Lery

LA MALDICION

RECUERDOS DE LA GUERRA

La carretera surcaba la llanura de extremo a extremo, y por la carretera avanzaba el pelotón de quintos, con un sargento al frente y dos soldados a retaguardia.

No había un árbol en toda la extensión del horizonte; no surcaba el cielo ninguna nubecilla que entoldase el sol: caía éste a plomo sobre la tierra gris, sobre la carretera blanca, sobre el pelotón de hombres que caminaba fatigosamente.

Ni una voz interrumpía la monotonía de la marcha. El grupo avanzaba con el mismo silencio de las sombras que proyectaba en su camino. Las brisas habían emigrado de aquel páramo inacabable, y un hálito de fuego surgía del terreno calcinado.

Los postes telegráficos flanqueaban la carretera y en ella se perdían de vista. Los alambres brillaban al sol como si fueran de oro: los mástiles con sus aisladores de porcelana, servían de fúlgido señuelo a los pájaros de la campiña.

Algunos se detenían sobre aquellos hilos brillantes, ahucando las alas hasta que el calor del alambre los ponía en fuga precipitada y doliente.

La carretera y el telégrafo eran los únicos signos que en la vasta planicie de la llanura marcaban la inteligencia del hombre, sus cuidados y desvelos, sus previsiones y sus trabajos, sus intereses y sus amores.

Borrada aquella senda, derribados aquellos postes, hubiérase creído que jamás alma humana había aletado en aquel rincón del planeta.

Ni un palomar, ni una fábrica, ni un redil, ni un surco del arado denotaban la vida y los afanes del hombre.

Y sin embargo, allá delante caminaban los hijos de la llanura, los retoños más floridos de la raza, la esperanza de muchos hogares, el consuelo de muchos corazones.

Allá iban, sin resistencia y sin amargura, a la guerra por la patria, simbolizada para ellos en los campos cenicientos, pedregosos, solitarios, tristes y abrasados, que dejaban tal vez para siempre.

¡Para siempre! Favor del cielo sería en cualquier mortal verse libre de volver a pisar aquella tierra miserable: y, sin embargo, de toda ella parecían surgir gritos de amor, sólo comprensibles de aquellos mozos que avanzaban en la carretera volviendo atrás la mirada para despedirse una y otra vez de tan queridas soledades.

Andando, andando, llegó el grupo a una venta. Con sus paredes terrosas, sus tejados irregulares y ennegrecidos, tenía el edificio el mismo sello de pobreza que la campiña entera. Pero allí, al menos, había signos de vida que alegraban el alma; un penacho de humo se escapaba de la chimenea, unas cuantas palomas revoloteaban sobre los corrales, un pozo levantaba su brocal al abrigo de un álamo y un emparrado cubría la puerta brindando al caminante el grato refugio de su sombra.

Allí se detuvo el pelotón de quintos; agasajó el ventero al sargento, requebraron los soldados a las maritornes, bebieron hasta hartarse los reclutas del agua cristalina del pozo... Hubo un momento de comunicativa expansión, de bromas, de risas, de saludos... Después

se organizó nuevamente la comitiva y cuando ya se alejaba por la carretera, una viejecilla fibrosa y arrugada que había presenciado la escena desde un rincón del emparrado exclamó con voz enérgica:

—¡Maldita, maldita guerra! ¡Como se llevan a esos se llevaron a mis hijos y no han vuelto!...

Cerró sus puños descarnados, levantólos con muda amenaza hacia algún invisible fantasma y prosiguió también su marcha al través de la llanura.

Entre tanto la "madre tierra" pobre, abandonada y entristecida, parecía repetir la maldición de la vieja y clamar también por aquellos hijos arrebatados para nutrir al monstruo insaciable de la guerra.

Prudencio Rovira

LA RACION DE LOS DEBILES

El ejército victorioso del león acampó en un arenal, y el jefe dispuso que se distribuyeran los víveres con equidad hasta donde alcanzaran.

El zorro, como intendente del ejército, hizo el reparto y en un instante se oyeron en el campamento rugidos de placer.

—Parece que el ejército está contento—dijo el león relamiéndose los labios.

En aquel momento llegaron a sus oídos balidos lastimeros y dolientes.

—¡Eh! ¿qué es eso? Alguien se queja.

—Es que los corderos tienen hambre.

—¡Cómo! ¿No les ha alcanzado nada?

—Señor: las fieras son tan exigentes, necesitan comer tanto... que no han llegado las provisiones a los tímidos.

—Di a los corderos que perdonen esta vez, y haz que se alimenten de promesas.

—No me creerán...

—Hay que contentarlos y callarlos de algún modo, hay que hacer algo para que crean que no están olvidados.

—Señor, nada se me ocurre.

—Diles que al primero que se queje me lo como.

León Tolstoy

EVOCACION

Recuerdo tus locuras de ingenua colegiala; recuerdo bien que un día me hablaste tales cosas que yo noté en las damas alarmas ruborosas y, con cualquier pretexto, abandoné la sala.

Hoy, cuando mil encantos tu juventud exhala y triunfas por tus gracias entre las más hermosas, paseas tus orgullos y pompas desdeñosas ante mi afán mendigo de tu luciente gala.

El Tiempo en todo ha puesto su mano destructora: Tu vida es de sonrisas que juegan con la Aurora y todo te enamora con cantos de ilusión.

Y yo, desde el naufragio de mi existencia en ruinas, divago en el Pasado y arrancho las espinas de la mortal nostalgia que llena el corazón.

Jenaro Valverde

INTELECTUALIDAD NICARAGÜENSE

LEYENDO A QUO VADIS?

Nerón, el padre nato de todos los tiranos, de todos los bellacos, de los liberticidas, de los concusionarios y de los matricidas, también fué el prototipo de los tigres humanos.

Vedlo: allá está en el circo rodeado de augustanos, en medio de una turba de almas envilecidas, contemplando gozoso el desgarro de las vidas al devorar las fieras a los pobres cristianos.

¡Oh! Nerón inmortal, tus cenizas malditas combinaron más tarde los nuevos esqueletos de los que debían ser canallas y vestiglos;

por eso donde quiera que aparecen descritas tus torpes liviandades, pensamos en tus nietos que tu infamia heredaron al través de los siglos.

Manuel Maldonado

ELLA SUPO SER TRISTE

Era llena de gracia como el Ave María,
quien la vió no la pudo ya jamás olvidar...

AMADO NERVO

Brillaba en sus pupilas una llama prendida, ardían en sus ojos arco-iris de fe; era como una estrella del Empíreo caída; ella pudo alumbrarnos con sus albas la vida; pero Dios no lo quiso, no se sabe por qué.

Era toda tan pura como el agua llovida; el cilicio en el cinto, la sandalia en el pie, iba como una santa para el amor nacida, y pudo, con sus cantos, elevarnos la vida; pero Dios no lo quiso, no se sabe por qué.

Ella supo ser triste; fué por triste querida; de las más blancas flores la más diáfana fué; ella supo embriagarnos con sus rosas la vida; pero Dios no lo quiso, no se sabe por qué.

He de sentir su muerte; he de llorar su ida; habré de acongojarme porque ya se nos fué. Ahora que está ella para siempre dormida, enmudece, alma mía; ya está trunca tu vida porque así Dios lo quiso, no se sabe por qué.

Luis Avilés Ramírez

LA CIUDAD NATAL

I

Trajín sin fin de carricoches, largas y grises polvaredas, calor de día, y en las noches frescura de las arboledas.

Y, protección de los aleros a los que escapan de las finas lluvias que manchan los sombreros y el charol de las botinas.

Lago en la forma de ala extraña que se levanta en la montaña para extenderse a la ciudad.

Playa de oro: ¡y aquella piedra, y aquel rocío de la hiedra, y aquella dulce soledad!

II

Chicos gritando a voz en cuello las invectivas del diarismo, y mozo que, gozoso en ello, declara su liberalismo.

Corrillos en los almacenes, donde un político influyente, explica el quid de sus vaivenes hablando bien del presidente.

Tedeum diario en la parroquia mientras el cura soliloquia, sobre un contrato singular.

Y en un rincón destartalado, madre que espera al emigrado que talvez nunca ha de llegar!

III

¡Cómo venís al pensamiento recuerdos de mi población, que al estar lejos más os siento dentro mi propio corazón.

Sois la caricia del pasado y el talismán del porvenir: con vuestras penas he llorado, por vuestro amor he de vivir.

Os debo toda mi alegría, os debo mi melancolía y mi ansia loca de luchar.

Cuando os consiento tan lejana, ¡abro el cristal de mi ventana para buscaros sobre el mar!

Guatemala, 1914.

Salvador Ruiz Morales

HORAS...

Dedicar un instante de la tarde de invierno para recordar, para sumergir el alma en el pasado, silenciosamente, tal como se hundiera una hebra de luna en un manojo de rosas secas o en una inmóvil diafanidad de agua pura. Experimentar esa fruición mitad congoja mitad paz que producen los desengaños tardíos: convencernos hasta ahora de que aquellas intransigencias repentinas de la cruel amada no eran más que las primeras gotas de otoño que caían sobre la melancólica primavera del amor naciente; es decir, que cuando la variolada nota alegre de los rosales se presentía apenas, ya bajaba de las ramas un mustio desaliento de hojas pálidas...

Recordar todas esas cosas, y lo mejor y más triste, recordarlas al lado de ella. Al hablar, el corazón va poco a poco marchitando sus latidos, y en una vuelta de la conversación, en el momento de un inútil reproche, el alma entera se nos cae de las manos...

En tanto, arriba de la tarde empieza a sonreír un lucero con una sonrisa tan lánguida que es una condolencia argentada: y aquí junto a nosotros, la cruel amada se nos desvanece en una débil bruma de arre-pentimientos tardíos...

**

Tiembla el abanico nipón entre sus manos como una ala de pájaro que todavía tuviera vida entre sus plumas.

En los globos de Bohemia la luz murmura una audaz historieta de los tiempos en que Venecia no era más que una serenata en góndola bajo la luna...

En el salón las rosas están estremecidas como sobre un gran seno.

Esta noche sentimos un recóndito deseo de guardar

silencio; tanto que si la amada nos quisiera interrogar seríamos capaces de suplicarle que no pensase en nosotros.

De pronto, Edgard Allán Poe se acerca a nuestra quietud, y luego, tomamos el abanico de las otras manos nuestras, y escribimos: *Tú y yo... (¡Cuál me agito al unir las dos palabras!)*

Y entre el verso del poeta y los ojos de la amada hay una intangible comunicación: la comunicación de aromas de dos rosas para otra...

**

La noche se ha quedado en suspenso. Se creyera que en el cielo arcángeles y serafines están con el índice en los labios custodiando el absurdo reposo de la tierra. ¡Oh, sereno catafalco del espacio!

La cruel amada, bajo el follaje verde y flor del parque, ha cerrado los ojos con cándida voluptuosidad, suscitando en nuestra boca una intención votiva de besos pasionales.

Sobre el follaje hay vuelo de estrellas desveladas. Mana de todas las cosas una quietud unánime.

Bruscamente, la cruel amada abre los ojos que estuvieron cerrados un suspiro. Aterrada, nos mira, nos palpa; en la noche luminosa de sus ojos van y vienen dardos de odio. Un momento sospechamos que podría matarnos. De tal manera nos mira, que hasta dudamos si seremos otros... Y pensamos: ¿qué soñaría en el suspiro en que tuvo los párpados caídos?

Después reflexionamos: ¿qué sabemos nosotros si cuando ella cerró los ojos un suspiro, tuvimos o no la idea de ver huír bajo sus pies una desencantada teoría de corderos...?

Ramón Sáenz Morales

ANIVERSARIO NACIONAL

PIROTECNIA GRATIS

(A la manera de Lugones).

I

Se deflagra un cromático macizo de flores de aparato en el festejo; a veces tiembla un trágico narciso o se doblega en pólvora un gracejo.

La concurrencia aplaude un toro hechizo o un cohete que se pifa en un reflejo: grita a un mortero abierto de improviso y silba a un clown vaciado en oro viejo.

Fulminado en sartas de bengala chisporrotea un kiosco ante la noche popular que es también noche de gala.

Del patriótico fuego en la áurea liza la pompa artificial hace un derroche que no es más que ilusión, humo y ceniza!

II

Belicoso clamor de toda gente la plaza asorda en que el vislumbre estalla: la alborada y su alquimia intermitente es como un simulacro de batalla.

Brotan chorros de lacre de una fuente, crepita en luces fulgurante malla; irrumpe una bellota en el ambiente y una sierpe veloz la noche raya.

Fosfórico esplendor de estalactitas, pirotecnica oriental que al pueblo excita, parapetos de lava en formas bellas.

Sólo vestigios y armazón oscura quedan del festival, y la amargura de ver que en lo alto rien las estrellas.

Octavio Rivas Ortiz

15 de setiembre de 1914.

EN LA CONSERJERIA

(Ante el crucifijo de María Antonieta)

Cristo, divino Cristo de los brazos abiertos! Hace más de cien años que una reina ponía, la mirada perdida por rincones desiertos, sus labios en tus llagas, su horror en tu agonía... ¡Cristo, divino Cristo de los brazos abiertos!...

¡Ella endulzó sus penas, Padre, en tus amarguras. El silencioso gesto de tus angustias era báculo de su espíritu, y eran como dulzuras las hieles de tu boca, para la prisionera. ¡Ella endulzó sus penas, Padre, en tus amarguras!

Cómo será tu fuente de misericordiosa, si una desesperanza busca en tu labio frío la hiel, como de noche la luz la mariposa! Si hay bocas que se endulzan con tu hiel, padre mío, cómo será tu fuente de misericordiosa!

Cristo, divino Cristo de los brazos abiertos! Cristo de aquella reina que hace más de cien años salió para la tierra lejana de los muertos!... Tú sigues esperando que vengan desengaños, Cristo, divino Cristo, con los brazos abiertos!...

París.

Santiago Argüello

ESTA MISMA CANCION...

Bajo la luna que asistió a nuestras bodas, la que puso sobre tu frente un rayo de tules siderales como velo nupcial ila que te dió por azahar la estrella, ¡Amada! bajo esa luna que ha vuelto sin hallarte, bajo esa luna están cantando, cantando una canción. (La cantan muchachas que deben haber amado ya, porque sólo así se puede cantar esa canción).

No me llega la letra; la distancia apaga las palabras; pero así se hace más vaga, más para cantada bajo la luna, más para oída de noche, en los recuerdos... Sólo la música me viene, lejana y apagada, desde las bocas de las muchachas que cantan su amor, y talvez su dolor.

Vaga música que llega hasta mí, bajo los árboles, por entre las hojas y los rayos de la luna, evocando pasajes alegres, que con el tiempo, no se por qué, se vuelven tristes.

Amada, que no sé si vives o te has muerto, ausente en tierras o en cielos extranjeros, esta es la misma canción que tú cantabas cuando ya sabías que el amor nunca dice la verdad.

Otras bocas la cantan ahora, otras bocas cantan estas cosas, como tú, después de haber dado unos cuantos besos y después que ya se ha llorado la primera vez. La está cantando bajo la luna suave que asistió a nuestras bodas, cuando en tu frente puso como velo nupcial un velo de tules siderales y por azahar la estrella!... Bajo la sombra de los árboles una pareja se desliza. Yo te recuerdo... Mientras la luna adorna la frente de esa virgen que una noche como ésta ha de cantar también, bajo la luna, esta misma canción.

Juan Ramón Avilés